

Nuestro espíritu destructor, a propósito del Aeropuerto Los Cerrillos

Es indudable que a los chilenos no nos gusta conservar lo que hacemos.

La ciudad de Santiago se ha distinguido por el afán de demoler lo que antes otros construyeron sin considerar su valor patrimonial y sus potencialidades futuras; sin respetarlas como partes de un acervo cultural que es necesario proteger; sin considerar porqué y cuándo fue hecha la obra y qué recuerdos nos trae a la memoria. Muchas veces demolemos construcciones en pleno uso y útiles para responder a los requerimientos de hoy, con el único afán de la especulación y del cambio por el cambio.

Así se han demolido barrios enteros de hermosas residencias armónicamente dispuestas en un medio urbano adecuado, para reemplazarlas por edificios en altura hacinados, dentro de una estructura urbana que no fue diseñada para ello

Traigo el tema a la memoria, a propósito de la próxima demolición del Aeropuerto “Los Cerrillos”, que nos muestra el desparpajo y audacia con que procedemos a demoler sin que medie la necesidad absoluta de hacerlo.

Todos saben que, si Cerrillos es demolido, tarde o temprano tendrá que ser reemplazado por otro peor ubicado respecto a la necesaria existencia de un aeródromo próximo o dentro de la ciudad. La ciudad ha crecido y no contaría con espacios para ello dentro de un área aceptable funcionalmente para esos fines. (Creo que todas las ciudades grandes que he conocido, cuentan con un aeropuerto dentro de ellas)

¿Se ha pensado en las miles de toneladas de escombros que serán echadas sobre nuestras quebradas al deshacer una importante obra patrimonial de enorme valor monetario y cultural y que debiera permanecer donde está, a pesar de que allí no aterrizará ni un solo avión.? Simplemente porque es un requerimiento evidente contar con un aeródromo lo más cerca posible. (decenas de aviones despegan cada mañana del Aeródromo Tobalaba por necesidad y no por paseo, por eso me siento orgulloso de haberlo defendido mientras fui alcalde) y en previsión de su necesario uso como alternativa ante catástrofes, guerras, nuevas tecnologías o aumento inusitado del tráfico aéreo.

¿Se ha pensado qué sentido puede tener destruir un patrimonio de todos para densificar más allá de lo necesario, una ciudad que no necesita mayor crecimiento para las funciones de Capital de la República, y considerando que el resto de Chile está casi desocupado? Sé que hay muchos chilenos que esperan la oportunidad de poder residir en otras Regiones, para vivir más humanamente y producir allá, en vez de apretujarnos dentro de nuestro hermoso valle que, también, estamos destruyendo, al cambiar, sin ningún pudor, campo por ciudad.

¿No son ya suficientes las iniciativas privadas que están construyendo millones de metros cuadrado de edificios, muchas veces innecesarias, como para preocuparnos de entregarles nuevos suelos para hacer su trabajo y su negocio? Aunque soy muy partidario de que el Estado actúe en cualquier instancia y con fuerza en la búsqueda del bien común, pienso que, en este caso, el Gobierno está haciendo de papá de una inteligente y audaz empresa privada que no necesita ese tipo de apoyo para actuar.

En Santiago no escasean los grandes parques. La falta de espacios verdes es a escala vecinal y viene de que, por años, el Estado ha construido poblaciones que no contemplan áreas verdes ni equipamiento, provocando una tremenda congestión. Esas políticas ya obsoletas están siendo superadas por iniciativas que mejoran la calidad de la vivienda y de los barrios donde se emplazan.

Con estos nuevos conceptos sociales no será necesario pensar en demoler, **ahora con razón**, viviendas que no pueden llamarse tales por no ser útiles ni servir a las familias chilenas.

El Presidente Lagos ha culminado su mandato como un gran constructor del País.

¿Por qué, con esta mala iniciativa, y al final de su hermosa tarea, se pone sobre sus hombros la apariencia de ser también un demoleedor?

Fernando Castillo Velasco
Arquitecto.